



# Editorial

## Falacias del desarrollo

HUMBERTO MÁRQUEZ COVARRUBIAS

La evidencia de costos sociales y ambientales derivados de la impronta del progreso y la política del desarrollo —a partir del derrotero contradictorio que bajo su orientación sigue el capitalismo con su secuela de desigualdad, pobreza, hambre, miseria, violencia, destrucción y muerte— ratifica la necesidad de cuestionar la fe ciega en el progreso, la neutralidad del desarrollo y el culto a la tecnociencia.

El dominio de la razón instrumental basado en el eje medio-fin del cálculo de utilidad egoísta, y la consecuente generalización del fetichismo de la mercancía que empuja a la espiral irracional, compulsiva, de producción ilimitada y del consumismo desbordado, desemboca en un círculo vicioso que cunde en una espiral destructiva. Ante dicho escenario es impostergable desmontar los proyectos fundados en la ideología progresista basada en el tener, la acumulación de riqueza y la ostentación de propiedades sobrepuesta al ser, la solidaridad y lo común.

La égida de la mercancía y su cuantificación abstracta significa la supremacía del valor de cambio en detrimento del valor de uso y la pretensión de consumir sin medida para cultivar la imagen del éxito personal y de

la buena vida en desdoro de un buen vivir en conjunción con la naturaleza. La crítica a la filosofía del progreso permite evadir la idea interesada de que las soluciones técnicas (las nuevas tecnologías como microelectrónica, ingeniería genética, robótica, mecatrónica, biotecnología, nanotecnología, etcétera, y en consecuencia sus mecanismos de apropiación capitalista, específicamente patentes y marcas registradas) posibilitan la resolución de los problemas que el capitalismo ha generado con su modo sociotécnico de producción (los cataclismos climáticos o la destrucción de los ecosistemas) sin reparar en que el propio modo fosilizado de acumulación está en la base de la destrucción. En esa tónica es preponderante entronizar soluciones sociales y políticas.

De las derrotas y fracasos emanados de diversos proyectos anticapitalistas durante el siglo XX, aunado al sacrificio humano y ambiental radicado en las «economías emergentes» que desempeñan el papel de impulsores de la economía mundial, como China con su régimen de alto crecimiento y elevado costo social, dimana el culto al progreso como un rasgo victorioso de la modernidad capitalista.

Empero, la crítica del progreso no es una idea aceptada fácilmente ni entre la elite ni en el ámbito popular dado que se ha impuesto la pulsión del consumo, por ejemplo de artefactos tecnológicos para la vida cotidiana (desde la computadora personal hasta el teléfono celular y sus redes digitales de comunicación que pretenden suplantar a las redes sociales). Sin embargo, es una crítica necesaria para escudriñar y detectar con claridad las implicaciones de esta difusión incontenible del esti-

lo de vida estadounidense que comporta una forma de producir y consumir identificada en el mundo occidental como la imagen del progreso, del bienestar y del desarrollo humano, donde el éxito personal se mide por las propiedades y privilegios, y los efectos de la exclusión bajo la forma de la pobreza y el ecicidio se tratan como externalidades, o como daños colaterales, o como una derrota bien ganada de sectores sociales «perdedores». Es el costo aceptable del progreso.

No se trata en modo alguno de repudiar la ciencia y la tecnología, a la manera de nuevos luditas, como pudiera pretender cierta crítica del progreso que rechaza por completo a la modernidad y procura retrotraerse hacia formas comunitarias y naturales pretéritas, inmaculadas, prístinas, sin la perversión de la tecnología. Por lo contrario, es menester recuperar los aportes de la modernidad, que son logros colectivos de la humanidad, para erigir fuerzas productivas sociales bajo otro tipo de civilización que pudiera llamarse, provisionalmente, modernidad alternativa, eco-socialismo o vivir bien.

Con todo, la crítica del desarrollo es indispensable para desmitificar el progresismo tecnocrático y las falsas promesas de la modernidad neoliberal. Desde ese mirador se advierte la necesidad de que la construcción de alternativas al desarrollo tecnocrático eventualmente se realizará no sólo emitiendo predicados genéricos sino articulando prácticas transformadoras e instituyentes desde el sujeto, que al final de cuentas son las genuinas fuerzas sociales estimuladas por la tentativa de crear otros mundos posibles.

